

La filosofía: ¿ángel de la muerte del amor?*

Fernando Muñoz C.
Departamento Académico de Filosofía

a todas ellas, Bacantes

I

La globalización es el medio político por el cual actualmente se busca consolidar la victoria de la cultura europea, arbitrariamente llamada “occidental”¹, sobre las demás culturas de las que poco a poco casi nada han y quedarán vivas, en especial, su tradición.

Si nos atenemos a la definición de cultura que propone T.S. Eliot², identificándola con la religión, comprenderemos por qué afirma que la cultura europea es cristiana y que el cristianismo es la religión más verdadera, por lo que la cultura europea es la superior al mejor dicho, es la *cultura*; siendo “razonable” que esta cultura imponga sus valores y formas de ver el mundo a todos las demás, lográndose así un solo y buen orden.

* Este escrito se presentó como Ponencia en el VIII Congreso Nacional de Filosofía “Filosofía, Globalización y Multiculturalidad”, organizado por la Universidad de San Marcos en agosto de 2000.

¹ Vid. Ana María Gispert-Souch “Sobre la Importancia de las Lenguas Clásicas [Latín y Griego]. En *Escritura y Pensamiento* Año III, N° 5. p. 145. Revista del Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM. Lima, 2000.

² Cf. *Notas para la definición de la cultura*. p. 11. Buenos Aires, 1949.

Ahora bien, la cultura europea, es el resultado final de la mezcla del legado griego con el romano y el judío, en el que se suplantaron una serie de ideas y valores que Federico Nietzsche llamara "ideas falsas" como: libertad, derechos iguales, la raza, democracia, emancipación de las mujeres, educación popular, progreso, entre otras.

Nosotros centraremos nuestro interés sólo en señalar cómo es que la valoración de la vida del mundo griego será reemplazada por la del judeo-cristianismo, por ejemplo, en la consideración del ocio y el placer —elementos indispensables para la búsqueda del saber o la filosofía—, como dañinos e impropios para el ser humano.

Para un mayor entendimiento de este proceso, en apretado resumen, podríamos decir que, para los griegos, el hombre como todo ser vivo busca el placer, el sentirse bien o disfrutar de la vida, de ahí el temor a su adversaria, la muerte. En el caso del ser humano, dotado de intelecto y sentidos, para vivir hace un doble uso de los mismos; utilitariamente para satisfacer sus necesidades vitales, pero, una vez satisfechos busca la plenitud del sentirse bien o el placer.

Empero, para lograrlo hay que estar libre de ocupaciones, es decir, se debe gozar de ocio o tiempo libre que se sustenta en la riqueza fruto del trabajo. El terrible y duro trabajo que tantas molestias ocasiona es imposible evitar si es que queremos gozar de la vida, y es uno de sus ingredientes desde que fuera introducido entre los hombres por la insensata curiosidad de Pandora al abrir la jarra, según narró por vez primera Hesíodo y luego retocarían el cuento Protágoras, Platón, Esquilo, Aristófanes y Luciano de Samósata.

El judeo-cristiano, por su parte, enseñará y predicará que el trabajo dignifica al hombre y cuanto más intenso sea para apropiarse del mundo, tal como lo demanda el creador³, más dignos nos hacemos a sus ojos; y, así también estaremos evitando caer en el pecado que es la búsqueda del placer o disfrute de la vida, pues, esa no es nuestra misión en esta vida o valle de lágrimas.

³ Cf. *Génesis* 1, 26-31.

El dramático cambio cultural que tuvo lugar durante la transición entre la antigua cultura grecorromana y la judeo-cristiana, que caracterizará a Europa hasta nuestros días se puede seguir en la vida y obra de Agustín de Hipona.

Y, la mejor fuente para conocer la vida de Agustín es, sin lugar a dudas el propio Agustín, quien en sus *Confesiones*⁴ –escritas alrededor del año 400–, proporciona una magnífica visión del agotado siglo IV, y sus propios conflictos existenciales, relacionados con la fe, la vida y el amor.

Federico Nietzsche comentaba sus impresiones de este libro a su amigo Overbeek en los siguientes términos: “leyendo ese libro es posible ver las entrañas del cristianismo: Asisto a ello con la curiosidad de un médico y filólogo radical”⁵.

Por mi parte, no soy médico ni filólogo, sólo soy un aficionado lector de diversos escritos, entre ellos los literarios, y, es a uno de éstos que tendré como punto de partida para mis reflexiones y comentarios que quisiera compartir con usted amable lector.

Se trata del *Vita Brevis*⁶, escrita por Jostein Gaarder, en la que presenta una supuesta epístola que habría escrito Flora Emilia –ex-amante y conviviente de Agustín y madre de Adeodato–, rescatada por su autor de manera casual en Buenos Aires con ocasión de su visita a la Feria del Libro llevada a cabo en esa ciudad en 1995.

En esta epístola la citada dama, después de haber leído atentamente el escrito autobiográfico del obispo de Hipona, analiza cuidadosamente cada una de las evocaciones y afirmaciones que hace de su vida, especialmente de los años de juventud –evocaciones que no le agradan por la forma cómo selecciona lo que quiere confesar–⁷, tratando de encontrar una explicación al

⁴ *Confesiones* Editorial Apostolado de la Prensa, S.A. Madrid, 1964.

⁵ Vid. *El Anticristo*. p. 152, Alianza Editorial. S.A. Madrid, 1979.

⁶ Ediciones Siruela. Madrid, 1997.

⁷ Cf. Op. cit., p.83.

abandono que sufrió por parte del amante y padre de su menor hijo. Y, es en esta evaluación que se pondrá en evidencia el contraste entre los valores del mundo antiguo que se están dejando de lado y los valores que encarna el recientemente converso al judeo-cristianismo.

Dos son las hipótesis que bosqueja Flora Emilia como explicación a su desgraciada, desolada y humillante situación:

1. Que habría sucumbido a la presión de Mónica, madre de Aurelio Agustín, quien buscaba para su hijo una "dama de sociedad".
2. Que la Filosofía, la búsqueda del saber, necesariamente exige una renuncia a la vida y la complacencia de los cuerpos, puesto que esta búsqueda –al decir del santo varón–, sólo se emprende con el alma o facultad intelectual.

La segunda hipótesis merece la pena considerar, puesto que la primera por ser banal se presta a las habladurías y comentarios sin mayor fundamento, como lo evidencia Gaarder en su citada obra⁸.

En las *Confesiones*, cuenta San Agustín que a los 19 años nace su inquietud con respecto a la Filosofía, cuando conoce el *Hortensio* de Cicerón; cultivándola a la manera de los griegos y romanos; es decir, cuerpo y alma, sentidos e intelecto encontraban plena complacencia. Al respecto dice: "...con increíble ardor de corazón deseaba la inmortalidad de la sabiduría ... el amor a la sabiduría se llama en griego Filosofía, en cuyo amor me encendían aquellas páginas ... lo único que me deleitaba en aquella exhortación del *Hortensio*, era que me excitaba con sus palabras, y me encendía e inflamaba, no a seguir esta o aquella secta, sino a desear, buscar, alcanzar, *retener* y *abrazar fuertemente la misma sabiduría*, dondequiera que estuviese"⁹. Aman-do la vida feliz, buscábala frenéticamente. Juzgaba que sería muy desgraciado, si le faltasen los abrazos de una mujer y los placeres que sus abrazos brindan¹⁰; y, el deleite que la especulación filosófica ofrece, confiando en el

⁸ Cf. Op. cit., pp. 81-83.

⁹ Vid. *Confesiones*. Lib. III, Cap. 4, 7-8. pp. 56-57.

¹⁰ Cf. Op. cit., Libro VI. Cap. 12, 20. p. 137.

cultivo de la facultad intelectual, la ratio, llenábase de presunción creyéndose y sintiéndose grande¹¹.

Sin embargo, esta vía bien pronto lo va a hartar con lo que empezarán sus problemas existenciales. Largos años de luchas internas, de enfrentamiento entre la razón y los deseos, el espíritu y la carne, la razón y la voluntad, la razón y la fe; que retrata en los siguientes términos: “Reteníanme frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tiraban de mi vestido de carne, y me decían por lo bajo: <<¿Nos dejas? ¿Y desde este momento jamás estaremos contigo? ¿Y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello?>>... ¡Qué suciedades me sugerían! ¡Qué torpezas!... me retardaban, vacilante para arrancarme y sacudirme de ellas..., la costumbre violenta me decía: <<¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?>>¹².

Tormentosa vida que culminará cuando cumplidos los 33 años de vida, acepta la prédica judeo-cristiana como la sabiduría, la verdad y el camino que seguirá en este transitorio mundo. “Al convertirme a Vos –confiesa el santo varón-, ya no buscaba esposa, ni esperanza alguna de este siglo, puesto en pie sobre aquella regla de fe, en la que tantos años antes me habíais mostrado a mi madre. Y trocasteis su llanto en gozo, mucho más copioso de lo ella había apetecido; y *mucho más caro y casto que el que esperaba de los nietos de mi carne*”¹³.

Al convertirse al cristianismo en el 386, no sólo culminan sus inquietudes personales sino que se demarca el inicio de una prolífica exposición filosófica, en la que la sabiduría antigua será completamente sustituida.

La sabiduría y la verdad se buscarán no por el placer y el deleite que brindan al intelecto y a los sentidos, sino para la salvación del alma –cuestión que ya emprendiera siglos atrás Pitágoras entre los griegos– y el cuerpo, éste último en completa continencia.

Verdad que está en nosotros, grabada en nuestra alma que es imagen del Creador, de la Verdad y la Sabiduría.

¹¹ Cf. Op. cit., Lib. III, Cap. 5, 9, pp. 57-58

¹² Vid. Op. cit., Lib. VIII, Cap. 11, y 26. p.196.

¹³ Vid. Op. cit., Libro VIII, Cap. 12, 30. p. 199.

Sabiduría que si bien es cierto tiene su inicio en la información que brindan los sentidos que a manera de embajadores parten y regresan al intelecto, culmina en el desprecio de todo lo que provenga del cuerpo y los sentidos. Tal deseo ser yo, confiesa una vez más el santo varón: "... resisto a las seducciones de los ojos, para que no se traben mis pies con que ando vuestro camino y levanto a Vos los ojos invisibles del alma, para que Vos arranquéis del lazo mis pies (Ps. 24, 15). Vos los arrancaréis una y otra vez, pues caen en el lazo. No cesáis Vos de desenredarlos, más yo muchas veces me enredo en los lazos que me tienen armados por todas partes... Aman los ojos las formas hermosas y variadas, los vivos y apacibles colores. No cautiven estas cosas mi alma; cautívela Dios, que hizo estas cosas..., pero no son ellas mi Bien, sino Dios"¹⁴.

Sabiduría, Sofía, que estrechó entre sus brazos, serena, sonriente y sin malicia; que recatada y delicadamente invitó a Aurelio Agustín que se le acercara sin miedo, extendiendo sus piadosas manos dispuestas a recibirlo y abrazarlo¹⁵.

Es esta invitación la que lo habría llevado abandonar a su ex-amante y conviviente, Flora Emilia. Ella, por su parte, en la citada epístola afirma que si ese es el precio por buscar el saber o la sabiduría, la Filosofía, debería llamarse *ángel de la muerte del amor*, que se convierte no sólo en la rival de sus sentimientos sino de todas las mujeres¹⁶.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Esta nueva amante, nueva Amada —comenta despechadamente Flora Emilia—, es la nueva esposa aunque *reina invisible*, que venció al amor en vez que el amor lo venza todo. Concluyendo sus reflexiones, confesando —en palabras que le atribuye Gaarder a la desdichada dama—, “que tiene mucho miedo de un Dios que hace algo tan feo a la mujer. Tengo miedo, Aurelio, miedo de qué puedan llegar a hacer algún día los hombres de la Iglesia a mujeres como yo. No sólo por ser mujeres sino porque, creadas por Dios como tales, os tentamos a vosotros, tal y como Dios os ha creado, como hombres. Piensas que Dios ama más a los eunucos o castrados que a los

¹⁴ Vid. Op. cit., Lib. X, Cap. 34, 52. p. 273.

¹⁵ Cf. Op. cit., Lib. VIII, 11, pp. 195-196.

¹⁶ Cf. Ob. cit., p.26.

hombres que aman a una mujer. Ten cuidado, pues, con alabar la creación de Dios, porque Él no ha creado al hombre para que se castré¹⁷.

III

Entre los filósofos de la antigüedad, Aristóteles por ejemplo, había enseñado y afirmado que la Filosofía o el amor al saber, es una búsqueda emprendida fundamentalmente por el intelecto que tiene su inicio en la información que brindan los sentidos, motivo por el cual no se podía desligar la unidad existente entre cuerpo y alma intelectual, sentidos e intelecto.

Búsqueda que todos los hombres emprenden, puesto que por naturaleza desean el saber, cuestión que queda demostrada por el amor o deleite que sentimos o nos brindan los sentidos; pues, "al margen de su utilidad, son amados a causa de sí mismos, y el que más de todos, el de la vista"¹⁸, sentenciaba el estagirita al inicio de su obra más importante.

Aristóteles está atribuyéndonos un deseo, una fuerza, que nos impulsa hacia la sabiduría; y, es evidente que en algunos este deseo no ejerce gran influencia, pero, en algunos de nosotros desempeña un importante papel en nuestras vidas.

¿Cómo sabía Aristóteles que tenemos este deseo? Uno no conoce el contenido de un deseo, salvo que uno conozca lo que en último término lo satisface. Por su satisfacción entendemos aquello de lo que el deseo es deseo. Ésta es la razón por la que Aristóteles habla del deleite que nos producen los sentidos. Si el conocimiento que perseguimos fuera meramente un medio para un fin ulterior, como por ejemplo, el poder sobre otros o el control del medio ambiente, entonces nuestro deseo innato no sería un deseo de saber. Sería una voluntad de poder o una obsesiva tendencia al control. Que nos produzca placer el puro ejercicio de nuestras facultades sensoriales es un indicio de que tenemos un deseo de saber. Pues, aunque empleemos nuestro conocimiento sensorial para organizarnos en el mundo y lograr fines prácticos, este conocimiento también se persigue por sí mismo.

¹⁷ Cf. Op. cit., pp. 125-126.

¹⁸ Vid. *Metafísica* I, 1. 980 a 21-27. Editorial Gredos S.A., Madrid, 1982.

El ocio tenía la máxima importancia para los griegos, pues, era la condición para disfrutar de la vida. Aristóteles, sabía esto, por lo que señaló que no fue sino después que los hombres hubiesen desarrollado las artes que les permitieron afrontar las necesidades de la vida cuando fueron capaces de volverse hacia las ciencias que no se persiguen para satisfacer ningún fin práctico¹⁹. Esta es la razón, dice Aristóteles, por lo que la matemática se fundó en Egipto: pues es allí donde una casta sacerdotal disponía del ocio para perseguir el saber por sí mismo. Esto quiere decir que el deseo natural de saber hubo de aguardar, para poder hallar plena expresión, a que se produjera un desarrollo histórico, la creación de sociedades con clases ociosas que buscasen el placer y el disfrute de la vida.

Está fuera de duda, afirma Aristóteles que la filosofía surge de la capacidad natural del hombre para sentir asombro y temor. No podemos permanecer contentos —estamos literalmente descontentos— hasta que no tenemos una explicación de por qué los cielos son como son. Este descontento va unido al deseo de saber: nos arrastra a la exploración y formación de explicaciones. Hasta los mitos, reconoce Aristóteles, son manifestaciones de la propensión del hombre al asombro: están diseñados para aquietar nuestro anhelo ofreciendo explicaciones de los fenómenos. Pero los mitos ofrecen a lo sumo alivio temporal, pues las explicaciones que ofrecen son insatisfactorias. Nos vemos llevados en último término, por nuestra constitución natural, a la honesta búsqueda de explicaciones por sí mismas.

En la búsqueda de explicaciones, inevitablemente, los hombres tropiezan con dificultades. Hay opiniones encontradas sobre los temas más serios, y las opiniones mismas expresan persuasivas, aunque diferentes, interpretaciones de los fenómenos. Tales dificultades son, para Aristóteles, el punto de partida de la filosofía. Es abriéndose paso a través de los enigmas o dificultades como surge la sabiduría filosófica. De ahí que Aristóteles dedique un libro entero de la *Metafísica* simplemente para catalogar los enigmas en torno a la cuestión de cuales son los elementos básicos de la realidad²⁰. Como él dice, “uno tiene que haber examinado de antemano todas las dificultades...”

¹⁹ Cf. Op. cit., I, 1. 981b 13-25/I, 2, 982B 20-24

²⁰ Cf. Op. cit., III.

porque la gente que investiga sin establecer primero las dificultades son como aquellos que no saben a dónde tienen que ir”²¹.

Aristóteles, para explicar tal situación emplea la metáfora de un nudo. Cuando nos enfrentamos con dificultades no sabemos como resolverlas, nuestro pensamiento se halla completamente atado. Nos vemos constreñidos, no podemos avanzar en nuestra búsqueda, el deseo de saber se ve frustrado. De ahí la frustración que sentimos cuando volvemos repetidamente sobre un problema que no podemos resolver, y *el alivio y placer cuando de pronto vemos como resolver el problema y avanzamos*. De acuerdo con la traducción de Oxford, Aristóteles habría afirmado que, cuando hemos resuelto las dificultades disfrutamos del “libre juego del pensamiento”²²; pensamiento que se expresa a través del lenguaje por lo cual esta sabiduría no es otra cosa que un juego del lenguaje.

IV

El triunfo del cristianismo es también el triunfo del platonismo, del ideal por encima del instinto, de lo apolíneo sobre lo dionisiaco²³, del nacimiento de la “mala conciencia”. El inventor de esta conciencia fue el animal aquel que perdió la libertad para expresar su vitalidad, sus sentidos y que hubo de crearse a partir de sí mismo una aventura y reconocimiento interior, “una cámara de torturas, una comarca insegura y peligrosa –reducidos a su <<conciencia>>, su órgano más pobre y más expuesto a error-, este loco, este encarcelado lleno de añoranza y de desesperación. Pero con la <<mala conciencia>> se había introducido la mayor y más siniestra enfermedad, una dolencia de la que hasta ahora no se ha curado la humanidad: *el hombre enfermado por el hombre, por sí mismo*. Y ello como resultado de su sepa-

²¹ Vid. Op. cit., III, 1. 995 a 33-b1.

²² Vid. Op. cit., III, 1, 995 a 27.

²³ “En la gran fatalidad del cristianismo Platón es aquella ambigüedad y ... fascinación llamada el <<ideal>>, que hizo posible a las naturalezas más nobles de la Antigüedad el malentenderse a sí mismas y el poner el pie en el puente que llevaba hacia la <<cruz>>...¡Y cuánto Platón continúa habiendo en el concepto <<Iglesia>>, en la organización, en el sistema, en la praxis de la Iglesia! –... Platón es un cobarde frente a la realidad, –por consiguiente, huye al ideal... cuando Sócrates y Platón adoptaron el partido de la virtud y la justicia, fueron judíos o yo no sé que ...” Vid. Federico Nietzsche, *Crepúsculo de los Idolos*. pp. 131-132 y 169-170. Alianza Editorial, Madrid, 1982.

ración violenta de su pasado de animal, de un salto y una caída, por así decirlo, en nuevas situaciones y en nuevas condiciones de existencia; como resultado de una declaración de guerra contra los viejos instintos en los que hasta ese momento descansaban su fuerza, su placer y su fecundidad”²⁴.

V

El Renacimiento no fue una simple resurrección del clasicismo, sino una fusión de los elementos vitales y culturales del cristianismo y del paganismo. Unas veces el paganismo se ilumina con la fe cristiana, otras el cristianismo se expresa con sentimientos paganos, y es difícil distinguir el uno del otro. Cuanto más estudiamos este periodo, más profundamente arraigado lo encontramos en la edad precedente, en la que llamamos Edad Media.

Sin embargo, en el Renacimiento el cristianismo pierde su aspecto ascético, negativo de la vida; en este magnífico periodo histórico volvió a renacer el instinto, la alegría de vivir. Pero, todo se detuvo, la Reforma se impuso y con ella, “volvió a vencer Judea, merced a ese movimiento radicalmente plebeyo (alemán e inglés) de resentidos que se llama Reforma protestante, el cual añadió lo que había de seguirse de él: el restablecimiento de la Iglesia y de la antigua quietud sepulcral de la Roma clásica. Con la Revolución francesa, Judea volvió a vencer otra vez al ideal clásico, de un modo más decisivo y más profundo aún que con la Reforma protestante. La última nobleza política que existía en Europa —la de los siglos franceses XVII y XVIII— quedó abatida bajo los instintos del resentimiento del pueblo.

¡Nunca se había visto en la tierra una alegría mayor, ni un entusiasmo más clamoroso! Bien es verdad que, en medio de ello, se produjo lo más terrible e inesperado: el antiguo ideal surgió en carne y hueso, y con un esplendor nunca visto, ante la mirada y la conciencia de la humanidad. Y frente a la consigna antigua y mentirosa que habla del primado de la mayoría, y frente a la voluntad humana de descenso, rebajamiento, nivelación, hundimiento y ocaso, resonó de nuevo, de un modo más fuerte, simple y penetrante que nunca, la terrible y fascinante consigna contraria: la que habla del primado de la minoría”²⁵. Empero, todo sucumbió en Waterloo, con la derrota de Napoleón, esa síntesis entre un ser inhumano y un superhombre.

²⁴ Vid. Federico Nietzsche, *Genealogía de la Moral*. pp. 104-105. PPP Ediciones, Madrid, 1985.

En la época moderna con el triunfo de la ideología y perspectiva cartesiana, entre los filósofos se descartó a la *res extensa* como digna de cuidado y aprecio, pues, la “duda metodológica” había revelado que no sólo su existencia podía ser puesta en duda sino que no era ella la que mejor nos vinculaba al Creador y Verdad Suprema.

El pensamiento, la *res cogitans* quedó demostrado como lo que debía ser considerado como digno de cuidado y aprecio, puesto que su existencia era indubitable y nos hacía semejantes al Creador, reforzándose así el desprecio a todo lo que significa la vida y el instinto.

Actualmente, ¿qué es lo que se valora como ideal, modelo, perfección, virtud? Me atrevo a afirmar que es el intelecto, el pensamiento, la razón convertida en ideal, negándose los instintos y el placer del vivir con todos los ingredientes que tiene la vida y que nos exige aceptarla tal cual es como nos lo enseñaron Heráclito: “El cosmos o el fuego reposa transformándose”²⁶ y, Demócrito: “El mundo es transformación, la vida aceptación”²⁷.

No en vano observamos actualmente que los que pasen por ser grandes hombres, no son más que *monos* de su ideal²⁸, idólatras de conceptos, conceptos fijos; dicen: lo que es no deviene, lo que deviene no es. Prisioneros de la lógica.

«Jorge Puccinelli Converso»

El nacimiento, el crecimiento, el cambio, la vejez y la muerte son para ellos incomprensibles e inaceptables, incapaces de aceptar el devenir. ¿Qué es un filósofo en esta perspectiva? Una momia que, “representa el monótonoteísmo con una mímica de sepulturero!... [momia] porque lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real... y ¡ que la humanidad haya tenido que

²⁵ Vid. *Ibíd.* pp. 74-75. / Cf. Giuseppe Prezzolini, *El legado de Italia*. Particularmente el Cap. 16. Ediciones Pegaso, Madrid, 1955.

²⁶ Fr. LXXXIV.

²⁷ Vid. Gred Ibscher, *Demócrito y sus sentencias sobre Ética y Educación*. p. 512. 2 volúmenes. UNMSM, Lima, 1984.

²⁸ Cf. Federico Nietzsche, *Crepúsculo de los Idolos*. “Sentencias y Flechas” N° 39. p. 36.

tomar en serio las dolencias cerebrales de unos enfermos tejedores de telarañas! ¡y qué caro lo ha pagado!”²⁹.

Sin embargo, pese al ideal que se tenga como lo virtuoso y correcto, en la actual “cultura globalizada”, los seres humanos al igual que los demás seres vivos buscan el placer, puesto que no pueden negar su naturaleza de seres vivos; pero, lo hacen amparándose en el disimulo y la hipocresía³⁰ con lo que incuban serios desórdenes y problemas psicológicos que enferman a los individuos, las sociedades y por ende la cultura, como ha sucedido y sigue sucediendo –aunque en menor escala si lo comparamos con el siglo pasado– en la cultura europea, tal como lo señalara Sigmund Freud³¹.

Ahora bien, muchos de los modernos y contemporáneos intelectuales y filósofos, formados en los modelos “occidentales”, han y olvidan que primero debemos vivir y luego podremos filosofar; y, que la Filosofía enunciada en griego –Φιλοσοφία– indica que es amor a lo sabio, a la sabiduría, a Σοφία, nombre de mujer a la que hay que entregarse con toda nuestra naturaleza sin rubor ni sentido de pecado alguno. Es una mujer de carne y hueso, real, sabiduría real, sabiduría de la realidad y no del ideal platónico; no es la “mujer de aspecto venerable, con los ojos refulgentes y penetrantes hasta más allá de la acostumbrada capacidad de los hombres”³² que se le apareciera a Anicio Manlio Severino Boecio para consolarlo, ni aquella reina invisible que abrazara sin malicia alguna a Aurelio Agustín. Mujer que aún siguen escuchando o sigue apareciéndoseles a muchos sabios, piadosos, virtuosos, filósofos, profesores de filosofía o aprendices de tales.

La mujer, la Σοφία que busca el filósofo, demanda que se le ame con toda nuestra naturaleza –“naturaleza salvaje que es donde mejor nos resarcimos de nuestra no_naturaleza, de nuestra espiritualidad”³³– con mucha pasión

²⁹ Vid. Nietzsche. Ibid. pp. 45-46, 48.

³⁰ Cf. Richard Alexander, *Darwinismo y Asuntos Humanos*. pp. 259-268. Biblioteca Científica Salvat, Barcelona, 1987.

³¹ Entre sus escritos puede revisarse: *La sexualidad en la etiología de la neurosis* [1998] / *Sobre una degradación general de la vida erótica* [1912] / *El Malestar de la Cultura* [1929-1930]. En *Obras Completas* 3 volúmenes. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1981.

³² Vid. Severino Boecio. *La Consolación de la Filosofía*. Libro I. Metro Primero, Prosa Primera. Editorial Porrúa, México, 1986.

³³ Vid. *Crepúsculo de los Idolos*. “Sentencias y Flechas”. N° 6. p. 30.

–Πάθος– para intentar descubrir el fundamento de cuantas cosas nos llenan de admiración, aunque en esta experiencia o juego amoroso muy a menudo tengamos que sufrir, padecer, soportar, conllevar, dejarse llevar por; puesto que Πάθος y Πάσχειν están íntimamente relacionados, como lo ha recordado y recomendando no olvidar Martín Heidegger³⁴. Pasión que mantiene vivo el interés por la búsqueda del saber, interés que nunca se dará por satisfecho; y, que el intelecto, la *ratio* controla, pues actúa como su auténtica apoderada. Sin embargo, a Sofía hay que amarla con delicadeza –detesta el trato violento y grosero–, con la delicadeza de la palabra, la dulce palabra, la persuasión, el λόγος; instintos y razón en una íntima y armoniosa relación.

Quien ama a Sofía de esta manera, es un *filósofo trágico*, que juega con las palabras, habla el lenguaje del *ditirambo*, que sabe plenamente que está pretendiendo descubrir el fundamento de lo existente que se place jugar como un niño, construyendo y destruyendo en un ciclo infinitamente repetido, por lo que será imposible aprehenderlo definitivamente por el λόγος ¿Qué le queda a este filósofo? Sólo la sabia aceptación del devenir, la sabiduría trágica³⁵.

Esta sabiduría, esta Σοφία que abraza al filósofo trágico, es una mujer que sólo ama a los valerosos, despreocupados, irónicos, violentos; mujer que ama siempre únicamente a un guerrero³⁶, y, amándola qué placer alcanza y ¡qué poco se requiere para ser feliz!³⁷, exclama gozosamente el sabio trágico y dionisiaco.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

³⁴ Vid. *¿Qué es esto, la Filosofía?* Ed. UNMSM. Lima, 1958.

³⁵ *Cf. Federico Nietzsche, *Ecce Homo*. pp. 70-71, 103. Alianza Editorial, Madrid, 1982 / Fernando Muñoz C. "Entre el Caos y el Orden". *En Letras* (Lima), 94: 87-101, 1997.

³⁶ Cf. Federico Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. "Del leer y escribir". p. 70. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1982.

³⁷ Cf. Federico Nietzsche. Ob. cit. "A mediodía" p. 370. *Crepusculo de los Idolos* "Sentencias y Flechas" N° 33 p. 34.